



IRREVERENTIS

Meritxell Tejedor

IRREVERENTIS



Primera edición: mayo de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Meritxell Tejedor

ISBN: 978-84-18250-26-2

ISBN digital: 978-84-18250-27-9

Depósito legal: M-9268-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para ti, que me dejaste sin tantas respuestas...
Y para ti, que me las diste todas.

ÍNDICE

LOS HOMBRES NO LLORAN.....	11
EL REINO DE DIOS	19
NADIE A QUIEN QUERER PARECERSE.....	27
LA VIDA NO VIVIDA	31
LA MOCHILA DE TOMÁS	47
CRISTINA VUELVE A LLEGAR TARDE	53
UN SALTO EN EL TIEMPO.....	57
UNA HORA CON MÓNICA.....	69
ENCUENTROS Y DESENCUENTROS.....	77
EL SALTO DE ROSA	85
TÚ ERES MI PROBLEMA	91
ZHANG WEI, EL GATO	99
OTRO INTENTO.....	105
FELIPE, EL PIRATA	111
EL GORDO.....	121
LA BICICLETA AMARILLA	127
ÚLTIMO INTENTO	133
LA LIBÉLULA DE OJOS GRANDES.....	139
HELICÓPTERO SE ESCRIBE CON H.....	147
EL AMO DE CHULO.....	155
ESPÍRITU, MANIFIÉSTATE.....	167
DIME TU NOMBRE.....	177
EL PADRE AGUSTÍN	189
FRENTE AL ESPEJO	197
CAROLINA DE AZUL.....	213
IRREVERENTIS	233

LOS HOMBRES NO LLORAN

Se lo repetía su padre cada noche antes de acostarse:

—Jesús, en nuestra familia los hombres no lloran.

Manolo era un tipo rudo, machista y violento. Camionero de profesión, solo tuvo un hijo porque no quería que en su casa se pasaran calamidades y ampliar la familia suponía reducir gastos y privar al chico de los caprichos que de niño él no pudo tener. Todo lo racionalizaba y no aprobaba que criterios opuestos al suyo interfirieran en sus decisiones.

Hasta en eso se salió con la suya porque su esposa le suplicó muchas veces que quería ser madre de una niña y él se carcajeaba en su cara y le decía que no trabajaba para comprar bragas. La verdad es que trabajador lo era un rato, eso nadie se lo podía discutir. La mayor parte del tiempo lo pasaba en la carretera haciendo miles de kilómetros sin importarle el estado del asfalto; seco o mojado, frío o con olor a quemado. Aunque el tacógrafo le estallara en las pestañas nunca paraba. Tenía que trabajar duro porque eso era lo que hacían los hombres como Dios manda; trabajar para llevar el pan a casa. Manolo no despreciaba el trabajo, eso no.

Si Jesús hubiera sido niña habría preñado a su mujer tantas veces como minutos tiene una hora hasta conseguir que naciera un varón, pues en su casa no quería líos de faldas. Él quería un muchacho que supiera lo que «valía un peine».

De pequeño a Jesús le encantaba disfrazarse. Le fascinaba verse otra persona, menear su diminuto cuerpo delante del espejo y bailar capeando el aire.

Verle bailar te rompía el corazón; las piernecillas como palillos y ese culo de pito hacia delante, hacia detrás, hacia delante, hacia detrás, y luego media vuelta... Daba no sé qué, como si fuera a romperse de un momento a otro.

Él decía que bailaba un pasodoble como el abuelo en las bodas, pero el pobre se tronchaba cada vez que giraba sobre su propio cuerpo intentando mantener el equilibrio.

Uno de los días en los que Jesús estaba frente al espejo, calzado con unos zapatos de su madre de ante marrón con tres centímetros de tacón y un delantal a cuadros que le hacía a la vez de vestido, se presentó Manolo de uno de sus largos viajes.

Cuando vio al chico por poco le da un patatús. Jesús corrió hacia sus brazos mientras los zapatos volaban por el salón y se pisaba el delantal, que le había dado la vuelta y más que un vestido parecía la cola de un traje de novia.

Rosa, su esposa, estaba apoyada en la puerta de la cocina con una cámara de fotos retratando a su hijo. Se apresuró a esconderla en el bolsillo de la bata cuando oyó la puerta.

—Jesús, hijo, sube a tu cuarto. —Manolo fue implacable, era una orden y había que acatarla.

—Pero papá, ¡mira qué divertido! Mamá me está haciendo fotos y aún no me he caído. ¡Mira cómo bailo, papá!

—He dicho que vayas a tu cuarto, en un rato subo y hablamos de cosas de hombres.

Jesús subió despacito las escaleras pisándose el delantal a cada paso, cerró la puerta sin hacer ruido y se sentó en la cama con las piernas colgando.

Manolo se arremangó la camisa dejando al descubierto unos brazos sudorosos cubiertos de vello.

—Rosa, ¿cuántas veces te he dicho que no le metas en la cabeza tonterías al chico? Estoy cansado de decirte que el niño no es un payaso, que si quieres uno vayas al circo, y si tienes ganas de niñas te traes a las de tu hermana, que te las deje por unos días cuando yo esté fuera.

—Pero Manolo...

—¡Ni Manolo ni hostias! Estás acabando con mi paciencia, ¿qué pretendes?, ¿que sea un moñas como tu padre que jamás tuvo pelotas para enfrentarse a tu madre? Dios lo tenga en su gloria... se ganó el cielo el pobre hombre. Tu madre lo capó tras pasar por el altar. ¡Qué digo yo!, ¡mucho antes de eso! La muy puta, así os ha educado, todas las hermanas igual de mongólicas, que si fotos por aquí que si fotos por allá... pues conmigo te has equivocado, Rosa. —Manolo seguía manteniendo un discurso consigo mismo alzando cada vez más la voz—. Yo no soy como tu padre y no pienso permitir que me manipules, ni a mí ni a nuestro hijo.

Jesús no es un mono de feria ni será un maricón de mierda. No me tuerzas al chico, Rosa, no me lo tuerzas que te mato, ¿me estás oyendo? Te mato. Luego voy a la cárcel, pero antes de que el niño se vuelva maricón ¡te mato! —repetía enfurecido.

—Manolo, es que hoy...

—¿¡Hoy qué!?, ¿¡hoy qué!?

—Que hoy es el cumpleaños de Jesús y estábamos jugando a los disfraces, ya sabes lo mucho que le gusta...

—¿Su cumpleaños? Lo había olvidado —exclamó Manolo arrastrando cierto tono de arrepentimiento en sus palabras—. Llevo todo el día con el camión para arriba y para abajo. No sabes qué día, Rosa. No he parado, y todo para llegar pronto a casa, todo lo hago por vosotros, para que no os falte de nada, no sé hacer otra cosa que no sea trabajar y mira lo que me encuentro nada más llegar... —Manolo adoptaba ahora un tono victimista—. Rosa, yo no digo que el niño no se disfrace, que lo haga si quiere, pero ¡por el amor de Dios! Que se disfrace de indio o de Drácula como todos los niños porque esa fijación por ponerse tus zapatos no es normal, que así se empieza, acuérdate de lo que explicaba mi padre del «tío campana», las palizas que se llevó por no ir por el buen camino.

Manolo estaba muy excitado, apenas cogía aire entre frase y frase. Hablar del «tío campana» le hizo percatarse de que en su

familia no todos habían sido tan machos como pretendía hacer ver. El «tío campana» era hermano de su padre y el apodo le venía por los pantalones de pernera ancha en la parte inferior que se popularizaron en los años setenta. Se llamaba Félix y era más limpio que los chorros del oro. No se le conocieron novias, y por sus ademanes y el lunar que se pintaba con lápiz negro encima del labio se intuía que no le gustaban las mujeres. El abuelo de Manolo le daba unas palizas de muerte por pintarse como una mona y poner en evidencia a la familia. En la última etapa de su vida, diez años antes de morir, se casó con una mujer de su misma edad para tener compañía, pero nunca renegó de su condición sexual.

Manolo se ponía enfermo ante la idea de que su hijo llevara en los genes algo del «tío campana». Se le disparaba la tensión y había que tener cuidado de que no se desplomara, aunque Rosa alguna vez lo deseó. Y que no se repusiera, también.

Pero luego se arrepentía porque las mujeres como ella no podían tener esa clase de pensamientos. Las malas ideas quedaban para las putas, con las que se acostaba su marido en sus largos viajes.

—¡Me cago en la leche, Rosa, que Jesús tiene que casarse con una buena moza y ser padre de familia!

—Pero Manolo, aún es un chiquillo, no entiende de esas cosas y no hace nada malo...

—Rosa, no hagas que me cabree, ya te he dado una explicación y estoy muy cansado. Ya sabes que si me pongo nervioso pierdo los papeles, ¿es eso lo que quieres? Acuérdate de que la última vez se me fue la mano, así que no me provoques porque luego me arrepiento...

Pero Manolo nunca se arrepentía. A fin de cuentas todo lo hacía por su propio bien, para que no fuera una más de tantas frescas que desobedecían a sus maridos y no sabían comportarse.

Manolo la agarró por la cintura y la volvió hacia él como para decirle algo. Ella se cubrió el rostro con las manos.

—Ehhh... tranquila... que no voy a pegarte, solo quiero que le des un beso a tu maridito, ¿no te alegras de verme?

Rosa lo besó en la mejilla no muy convencida de sus intenciones.

—¿Te acuerdas de Alfonso? Sí, mujer, el de la gasolinera de Pozuelo del que a veces te hablo... muy majo el tío... pues le ha pagado unas tetas a su mujer que ni te imaginas, vaya par de melones, le llegan hasta la boca. Cuando nosotros tengamos dinero te voy a dejar como una reina, mejor que esas famosas que salen en la tele, ¡con lo que yo te quiero!, ¡con lo que yo quiero a mi Rosa, madre!

Pero Manolo no quería a nadie, ni siquiera se quería a sí mismo. Solo cuando se acostaba con alguna puta de carretera que le decía lo grande que la tenía se sentía alguien. El resto del día era invisible para la humanidad, por eso gritaba en casa, para que alguien lo oyera.

Rosa fingía escucharlo, pero había dejado de hacerlo desde hacía tiempo. La pobre no tenía donde caerse muerta. Era peluquera, pero dejó el oficio cuando lo conoció.

Al principio iba a la peluquería una vez al mes, pero luego se dejaba caer cada quince días porque lo de verse con greñas no iba con él. Decía que los hombres que se vestían por los pies debían llevar el pelo corto, y como intuía que a Rosa le gustaba —porque los hombres hechos y derechos eso lo sabían— se ponía en sus manos cada vez con más entusiasmo.

Empezaba a encontrarla atractiva, sobre todo cuando le enjabonaba la cabeza con aquel champú de olor dulzón y le masajeara el cuero cabelludo haciendo movimientos circulares.

Rosa, como la mayoría de las mujeres, idealizó a su marido antes de casarse con él.

El noviazgo fue corto, apenas duró un año y medio, y durante todo ese tiempo Manolo la respetó. Unos besos apasionados y algunas masturbaciones en el asiento trasero del coche los viernes por la noche bastaron. Rosa llegó virgen al matrimonio, pues a su modo de ver una mujer se mantenía casta y pura hasta que el hombre la desvirgaba.

Tenía muchos sueños, pero la realidad se impuso desde la primera semana de casados. En su matrimonio no tenía cabida el

amor, lo más parecido a eso sucedía cuando su marido se bajaba la cremallera y le metía el miembro en la boca o la penetraba analmente porque según él tenía la vagina grande y no le daba placer. La mayoría de las veces Rosa se resistía, entonces él la agarraba del moño y la zarandeaba hasta que la ponía a cuatro patas. Y el tío se excitaba, le daba morbo y le cogían más ganas, y mientras ensanchaba a empujones su frágil agujero con las manos le magreaba los pechos y le pellizcaba los pezones, redondos y castaños como dos garbanzos tostados.

Rosa cerraba los ojos y apretaba los dientes con cada sacudida deseando oír el gruñido del cerdo a punto de ser sacrificado. Entonces abría los ojos y exhalaba el aire contenido en señal de alivio.

La bestia había concluido. Con movimientos lentos se incorporaba y, sin mediar palabra, se dirigía hacia el cuarto de baño, donde permanecía un buen rato hasta que se desprendía del olor a putrefacto.

Manolo no tardaba en quedarse dormido. Necesitaba coger fuerzas para imponer su autoridad, para volver, en definitiva, a ser él.

Después de nacer Jesús, a los cinco años y medio de estar casados y cuando pensaban que no podían tener hijos, la fiera se apaciguó.

El embarazo dejó a Rosa hecha una albóndiga; las caderas fofas, el vientre distendido y los pechos marchitos. Y Manolo, que durante ese tiempo le dio por ir de sibarita, dejó de encontrarla atractiva y de penetrarla. Pero le seguía gustando que se la chupara.

—Ponte las bragas negras, Rosa, esas que me gustan tanto, que de solo pensarlo mira cómo estoy —le decía mientras le arrastraba la mano hacia su abultada bragueta—. Mira qué tiesa se me ha puesto... arrodíllate —le susurraba mientras se bajaba la cremallera y le metía el miembro en la boca de un solo golpe—. Así... qué bien lo haces... eres una guarra, trágatela toda, no pares, sigue así que te voy a llenar la boca de leche como a ti te gusta.

Pero a Rosa no le gustaba. Simplemente, tenía que complacerlo para no tener represalias.

Cuando Jesús alcanzó la mayoría de edad sus padres casi ni se hablaban.

A sus veinte años era corpulento como un toro. De espalda ancha y facciones cuadradas que le hacían aparentar más edad, había pasado la infancia cortando el aire a tijeretazos. Era un chaval educado y poco conflictivo que había dejado la afición por los delantales y los zapatos de salón el día que su padre, más contundente que de costumbre, le explicó la diferencia entre ser un niño y un cromó. El día, también, que tuvieron que cortarle dos mechones de su dorada cabellera para rescatarlo de los rulos; unos bigudís de peluquería recubiertos de velcro que se agarraban al pelo y te licuaban hasta los sesos, una moda de entonces a la que se sumaron las peluqueras y que a Jesús casi le cuesta la vida si su padre se entera.

¡Qué susto se llevó Rosa aquel día cuando vio el pelo del chico enmarañado en esos dos rulos gigantes y azules que le ocupaban media cabeza!, ¡qué susto y qué santa paciencia!

Eran las ocho y media de la tarde cuando Jesús entró por la puerta de casa y, sin deshacerse de la mochila que cargaba en la espalda, se dirigió hacia la cocina, donde su madre aliñaba una ensalada de tomate y patata para la cena. Le dio un beso en la mejilla y metió los dedos índice y pulgar en la ensalada.

—Jesús, te he dicho mil veces que no hagas eso sin lavarte primero las manos —le reprochó con una media sonrisa.

—Lo sé, lo sé, pero me caigo del hambre...

—Chema lleva llamándote toda la tarde.

—¿Qué quería?

—No lo sé, le dije que tenías partido y que lo llamarías cuando llegaras a casa. ¿Cómo ha ido?

—Bien, aunque el animal de Sergio le ha dado un cabezazo a uno del equipo contrario y el tío ha empezado a sangrar por la nariz como un cochino. Han tenido que suspender el partido porque pensaban que se quedaba fiambre —exageró.

—Mira que te digo que tengáis cuidado, el día menos pensado te arrean a ti y te dejan lisiado de por vida. No quiero ni pensar la cara que se le quedaría a tu padre.

—No exageres, mamá...

—¡Tú has exagerado primero!

La complicidad entre madre e hijo era evidente y las bromas entre ellos eran el bálsamo de una convivencia un tanto difícil.

Jesús abrió el grifo y se remojó los dedos ante la mirada disimulada de Rosa. No quería encontrarse huellas de aceite en los interruptores de la luz, ni en las puertas correderas ni en el mando del televisor.

—Jesús... el trapo... antes de abrir el grifo uno se prepara el trapo...

Jesús alargó el brazo hasta alcanzar el paño de cocina con dibujos de frutas que estaba en el otro extremo de la encimera cuando sonó el teléfono.

—Anda, cógelo, seguro que es Chema. Este chico se pasa el día pegado al teléfono, no quiero ni pensar la cara que pondrá su madre cuando reciba la factura...

No tuvo tiempo de acabar la frase. Jesús soltó el trapo arrugado y corrió a coger el teléfono con tanta prisa que olvidó la maleta encima de la mesa. Rosa abrió la cremallera y contempló con cara de espanto la ropa revuelta y un par de calcetines sucios que tendría que frotar a conciencia.

—¡Por fin, tío!, ¿dónde andabas?

—Ya sabes que los jueves tengo partido.

—Te he estado llamando porque hemos quedado para salir esta noche, ¿te animas? Sobre las once, después de cenar, en el bar de Román.

—Bien, allí nos vemos.

—Oye... ponte guapo que hoy mojamos, fijo que mojamos...

—¡Que te jodan! Siempre estás pensando en lo mismo. —Jesús colgó el teléfono muerto de la risa.

EL REINO DE DIOS

El local se salía de lo que hasta el momento habían frecuentado, pero decidieron probar porque lo propuso Mauri, cinco años mayor que el resto. Empezaba a cansarse del mismo plan y sugirió que el *Night is God* era una buena opción. Nada más llegar se dieron cuenta de que se las había dado de listo porque no había estado allí en su vida. Era un sitio demasiado tranquilo para ellos, que estaban ávidos de experiencias excitantes.

La música sonaba cálida y la gente no se divertía, conversaban pausadamente con un cóctel en la mano y un cigarrillo en la otra. Decididamente, el *Night is God* no era para ellos. Pero cuando planeaban cambiar de sitio Chema se percató de que una mujer madura que estaba sentada al final de la barra miraba a Jesús de un modo extraño, como si lo conociera de algo.

—¿Quién es esa? —preguntó.

—Ni idea —respondió Jesús igual de extraño que su amigo.

Pese a que la noche no transcurría tal y como habían pensado se quedaron un rato más con la intención de que pasara algo extraordinario. Al fin y al cabo se habían puesto guapos, y ver a Chema bien peinado y con ropa limpia no era algo usual. Él no le prestaba atención a esos detalles. De todos los amigos era, con diferencia, el que más llamaba la atención por su indumentaria informal y el flequillo exageradamente de punta. Invertía en laca fijadora para el pelo casi más que para tabaco, aunque llevaba ahorrando dos meses para tatuarse en el brazo una vampiresa sexi que había recortado de una revista y que guardaba en el primer cajón de su

mesita de noche. Estaba convencido de que tarde o temprano daría con su paradero. Había, incluso, indagado en internet para saber quién era.

Buscó en Google y en agencias de modelos cuando tras ponerse en contacto con la revista le denegaron la información por tratarse de datos confidenciales. Pero Chema, irreverente por naturaleza, no se daba por vencido.

—Con esta me casaré —se jactaba—. Estoy deseando morder esos labios de frambuesa...

Chema cavilaba mientras la mujer de la barra seguía mirando a Jesús como si lo conociera de algo. De repente, despertó de su ensoñación y volvió a la carga.

—Jesús, a esta tía le has gustado...

—Venga, podría ser mi madre —protestó quitándole importancia.

—Pero no lo es. Ya te dije que hoy mojabas, tío, ¡te lo dije!

La verdad era que la mujer no se esforzaba en mostrar disimulo. Bebía a sorbos cortos de un vaso cuadrado de vidrio que no soltaba de la mano, agitándolo como si tuviera prisa por deshacer el hielo. Jesús se dirigió hacia la barra atusándose el pelo, que llevaba engominado hacia atrás. No se lo pensó dos veces, una mezcla entre curiosidad y atrevimiento lo empujó hacia lo desconocido.

Hasta las cuatro de la madrugada no volvió a reunirse con el resto de los muchachos, que no se habían movido del *Night is God* esperando, tal vez, que les sucediera algo parecido.

—¿Cómo va la noche? —Gonzalo se sobresaltó al oír la voz de Jesús tan cerca de su oído.

—¡Chaval, por poco me matas del susto!, ¿dónde has estado tanto rato?

Miguel soltó una carcajada estrepitosa y exclamó a voces:

—Si ya se lo había dicho yo a estos, que te vi muy decidido, campeón, me cago en la mar, que eres un campeón, olé tus huevos, ¡olé y olé!

—Bueno, no es para tanto —contestó Jesús quitándose mérito.

—Jesús se ha pillado, Jesús se ha pillado, Jesús se ha pillado... —canturreaba Miguel como si fuera un niño.

—¿Qué le pasa? —preguntó Jesús al verle tan fuera de sí.

—Ni puto caso, va pedo. —Gonzalo disculpó a Miguel, que llevaba una turca como un piano y los pantalones arremangados hasta las rodillas—. Cree que es un granjero y que está ordeñando vacas, no veas la lata que nos está dando, no para de quejarse de que huele a estiércol y que hay que limpiar el establo. Hace un rato decía que era King Kong, por poco nos largan cuando intentaba comerse la cabeza de la camarera.

—¿King Kong comía cabezas?

—¡Y yo qué coño sé! Estoy pensando que le han echado algo en la bebida, alguna pastillita de esas raras porque... ¡Míralo!, ¡otra vez va hacia la camarera!

Gonzalo y Jesús lo alcanzaron al vuelo, pero Miguel seguía delirando mientras intentaba soltarse de los brazos que lo sujetaban.

—Jesusín, Jesusín, que te ha cambiado la cara, que ahora tienes más cara de hombre... ¡madre mía!, ¡madre mía! Podría ser tu madre, ¡mira que atreverte con eso!, que con las madres no se juega, Jesús... que podría ser la madre de alguno del equipo contra el que juegas y si se entera te machaca, tío, te machaca y te rompe los huesos. —Miguel decía algo sensato dentro de su desvarío.

—Oye, solo una cosilla más —insistió cogiéndole de la nuca hasta juntar sus frentes con el brazo que había conseguido liberar—. ¿Encontraste pelos en la sopa? —Y lanzó una insoportable risita junto con unas chispas de saliva que se estrellaron, inevitablemente, en la boca entreabierta de Jesús, que venía de mantener relaciones sexuales con una desconocida en el asiento trasero de su coche.

Ella le bajó la cremallera, le sacó el miembro y empezó a lamerlo con torpeza como si fuera su primera vez. Estaba tan excitada que le costó controlar el juego, pero logró dominarlo. Gemía y se acariciaba el pubis por encima de las bragas mientras el pene erecto le inundaba cada vez más la boca.

—¿Te has comido alguna vez un coño madurito? Cómete el mío —le ordenó.

Jesús le retiró las bragas hacia un lado y hundió la cara entre sus muslos. Estaba tan excitado que hubiera cumplido cualquier orden. Ella le atrapó la cabeza cerrando las piernas con firmeza, que hasta ese momento no había dejado de abrir y cerrar. Se quedó quieta durante unos segundos y exclamó:

—Méteme un dedo.

Y él lo hizo. Primero uno y luego dos más, reservando el pulgar para acariciarle el clítoris.

—Méteme otro por detrás, por el culo, que me mata de placer.

Jesús no paraba de recibir órdenes que obedecía sin rechistar.

—Quiero sentir tu polla, clávamela hasta el fondo y escúpeme tu leche —le espetó en tono autoritario.

Jesús la embistió de golpe. Quería moverse rápido, pero estaba atrapado entre los asientos del coche y le costaba moverse.

En menos de un minuto eyaculó en el asiento del auto, pese a que ella le sollozaba que lo hiciera en su boca. No llegó a tiempo. Él también estaba fuera de control.

De camino hacia el *Night is God* no intercambiaron palabra. Solo cuando Jesús se bajó del coche le soltó:

—Me llamo Clara.

Los chicos no lloran, de Miguel Bosé, sonaba en el coche que les llevaba de vuelta hacia casa, un Opel Corsa plateado que conducía Mauri y que le regaló su padre al cumplir los veinte años.

Era de segunda mano, pero le había hecho algunos arreglillos y lo tenía muy limpio. Relucía de lejos y dentro olía a limón. Mauri no dejaba que nadie fumara en su coche, no desde que encontró un agujerito en uno de los asientos y cuando quiso saber quién había sido el responsable ninguno confesó. Su coche era sagrado, mucho más que sus colegas.

Miguel iba dormido. Vomitó todo lo que había bebido, además de la cena; unos macarrones con queso mal digeridos que arrojó enteros, camuflados entre restos de carne rosa y trozos de pimien-

to, una manía que tenía la madre de Miguel de aderezar todas las comidas con pimienta porque había leído en una revista que era bueno para el reuma y la artritis, y como andaba fastidiada de los huesos todos comían pimienta a punta pala. Pimienta en las lentejas, en los macarrones, en el revuelto de espárragos trigueros...

Tras dejar a Gonzalo y a Miguel en sus casas, Mauri condujo hasta llegar a la esquina de la calle Rosselló, donde vivían Chema y Jesús. Empezaba a amanecer y se le ocurrió parar a desayunar.

—Chicos, ¿os apetecen unos churros?

—No. —Chema fue tajante—. Los vómitos de King Kong me han revuelto las tripas.

—¿Y tú qué dices, machote? —Mauri probó suerte con Jesús, mucho más despejado que su amigo.

—Yo tampoco estoy para churros. Deseo llegar a casa cuanto antes y meterme en la cama, a ver si consigo dormir al menos cuatro horas.

Clara ya había llegado a su casa. Cuando se disponía a entrar se dio cuenta de que había olvidado las llaves, pero recordó que guardaba unas en la guantera del coche.

Llamar al timbre a esas horas no era buena idea, así que rebuscó durante un buen rato en el bolso hasta convencerse de que se las había dejado en casa. No acostumbraba a salir sin ellas y mucho menos de noche, pero ese día su cabeza estaba en otra parte.

Nada más cruzar la puerta se quitó los zapatos. Tenía los pies como botijos; hinchados y recocidos.

El dependiente que se los vendió una semana antes le aseguró que calzar esos zapatos era como ponerse guantes, que era normal que al principio le molestaran porque aún no los había estrenado, que les pusiera crema por dentro y los masajeara para suavizar la piel y ¡listos! Le dijo también que se sentiría como pez en el agua y que no se arrepentiría de haber pagado cien euros porque sus pies se lo agradecerían.

Pero era tanto el escozor que estaba dispuesta a denunciar a aquel individuo por embaucador y por miserable, y también por

desgraciado y por cerdo, y por... por... por ¡hijo de la grandísima puta! Estaba furiosa, los ojos se le salían de las órbitas y los pies le palpitaban. Verse los dedos amoratados, apretujados unos encima de los otros, pensar en los cien euros que se había gastado y en lo que acababa de suceder en su coche era demasiado para una sola noche.

Llegó al baño palpando sin apenas luz. No quería hacer ruido y despertar a sus hijos y a su marido que dormían con la puerta entreabierta.

Se desvistió con sigilo y se desmaquilló arrastrando en un algodón con crema los restos de pintura de los ojos, una máscara de pestañas resistente al agua que empezaba a desintegrarse dejando minúsculas partículas negras alrededor de sus párpados. Frente al espejo estaba la misma mujer de cuarenta y nueve años que había dejado en el horno una tortilla de ajos tiernos y unos filetes empapados para la cena antes de salir. La misma madre y esposa desde hacía más de dos décadas que tenía que dormir al lado de un marido ausente y siempre distraído.

Antes de acostarse asomó la cabeza por la puerta de la habitación contigua al baño. Su hijo de veintiún años dormía arropado hasta la barbilla.

Se metió en la cama aturdida. Su marido dormía de medio lado y respiraba pausadamente. Los pensamientos se amontonaban en su cerebro, no se quitaba la imagen de Jesús acuclillado con la cabeza entre sus piernas.

Durante un instante sintió remordimientos, aunque también tuvo la tentación de despertar a su marido para decirle que era un cornudo. Estaba rabiosa, pero enseguida le venció el sueño. Mañana sería otro día y ella la misma de siempre.

Cuando Jesús llegó a su casa no tardó en dormirse. Él no le dio tantas vueltas a la cabeza. Se cepilló los dientes y se puso el pijama que su madre le había dejado preparado encima de la cama.

Antes de arrojarse permaneció sentado unos segundos sobre el colchón con la mirada perdida y sin pensar en nada. Se frotó los

ojos con las palmas de las manos y se dejó caer de medio lado hasta que el sueño le pudo.

Cuando Clara se despertó su marido ya no estaba en la cama. Estiró el brazo hasta alcanzar el despertador que estaba en la mesita de noche y lo ladeó para ver la hora. Eran las nueve y media. Se incorporó de la cama y caminó descalza por el largo pasillo, llegó al cuarto de baño y se paró en frente del espejo. No le gustó lo que vio. Su cara estaba demasiado arrugada y tenía muchas canas. Hubiera jurado que le habían salido todas de golpe esa misma noche. Las bolsas de debajo de los ojos también habían experimentado un ligero cambio, estaban abultadas y enrojecidas.

Se acercó al espejo y se retiró malhumorada. Suspiró profundo y achacó su mal aspecto a la falta de sueño. Necesitaba descansar e ir a la peluquería para retocarse el tinte y alisarse el pelo. Abrió el primer cajón del mueble y sacó unas pinzas de depilar del tamaño del dedo índice. Se aproximó de nuevo al espejo como si fuera a atravesarlo y, atrapando una de las canas con las pinzas, dio un tirón seco. Ahora había una menos.